

## SANTIAGO PEREZ, HOMBRE DE LETRAS

Escribe: ANTONIO JOSE RIVADENEIRA VARGAS

La literatura colombiana del pasado siglo tiene en don Santiago Pérez una de sus más recias y caracterizadas figuras. Desde la más tierna edad manifestó sus excelentes dotes literarias y en su formación estilística grande influencia tuvo el fenómeno que se registra en el campo de las letras cuando el romanticismo, herencia de la Europa desencantada, empieza a ser desplazado por el costumbrismo.

Para América, bizarra, apasionada y ennoblecida con los laureles cosechados por las armas libertadoras, el romanticismo se ofreció como la solución inmediata para canalizar las ansias desbordantes de gloria y ensueño, más a poco la realidad fue encargándose de quebrar una a una sus utópicas creaciones y de ir vinculado el hombre a la tierra. Surge entonces por oposición al idealismo romántico un criterio realista que aspira a escrutar la realidad ambiente y precisar las grandes constantes sociales. En el campo de las letras esta posición intelectual se traduce en una tendencia que se denomina costumbrismo.

Empezaré por advertir que uno de los aspectos menos estudiados en la múltiple personalidad de don Santiago Pérez, uno de los colombianos más eminentes de la pasada centuria, es el que reza con su extensa y meritoria obra de escritor. Recientes ensayos, en los cuales la diatriba y el ditirambo refunden los aspectos críticos del asunto, presentan un análisis fragmentario de los escritos del señor Pérez empleando un criterio, cierto en cada caso concreto, pero equivocado al generalizarse, según el cual se pretende juzgar toda su producción literaria a través de unas pocas creaciones de su ingenio. Considero que para emitir juicio acertado al respecto, se necesita pesar en la misma balanza tanto aquellas obras de madurez que nos revelan un escritor del más acendrado espíritu clásico, como aquellas que en su lejana juventud recogieron sus veleidades románticas.

Advertiré también y a guisa de preámbulo, que si don Santiago fue en todo y por sobre todo un maestro de juventudes y como tal un porfiado en la bondad de la idea como antídoto de la fuerza, un obrero de la inteligencia que pasó la vida modelando caracteres para el mejor servicio de la república, un empecinado apóstol de la ciencia que luchó sin tregua y desde todos los campos por disipar las tinieblas de la ignorancia, fue igualmente y con energía similar un maestro de las letras, un gran

escritor que se inicia en su juventud con el cultivo de la lírica, el teatro y la literatura científica, hace gala luego de un ponderado estilo en sus artículos periodísticos y en diversos ensayos de la más variada índole, para alcanzar, finalmente, el más alto grado de elegancia y casticidad en aquellas cláusulas de corte clásico que informan sus discursos, muchas de ellas llamadas a esculpirse en mármol pentélico.

Podría afirmarse que entre las aficiones más caras a su espíritu figuraron las cátedras y la literatura; ambas constituyeron el nervio de sus disciplinas y a su culto se entregó con fervor edificante, por lo cual en nada debe sorprendernos el hecho de que en sus mocedades fuese encargado de enseñar lengua y literatura españolas en el inolvidable claustro del Espíritu Santo, y desde entonces se comprometiera en romántico coloquio con las musas.

Y así, hacia 1849 y en la imprenta del Neo-Granadino de Antonio María Pradilla, se publica una *Colección de Poesías originales de Santiago Pérez*, que contiene 21 cantos del más variado estilo y en los cuales un romanticismo visiblemente apasionado satura las más diversas escalas subjetivas, pues allí los hay de tendencia mística y religiosa como *La Noche* y *La Soledad*, *María* y *Meditación*; de tipo hogareño y sentimental como *A Ella*, *A Matilde*, *Amor*, *Adiós*, *A Una Niña*; de carácter escéptico y desengañado al estilo de Heine y Julio Flórez, tales como *Desdén*, *A una Mujer Hermosa*, *Desconsuelo* y *Mi Secreto*; finalmente, su poema *la Esperanza*, nos recuerda *La Soledad*, delicada composición de José David Guarín.

Profusa, como se observa, fue la producción lírica de don Santiago; en 52 han llegado a señalarse las composiciones de este género cuya publicación auspiciara su maestro, el doctor Lleras, junto con el drama *Jacobo Molay* por 1851 y fueron muchas las que posteriormente salieron a la luz en gacetas literarias y antologías nacionales y extranjeras. Citamos como ejemplo la poesía *Virginia*, expresión la más sublime de su estro y de la cual dijo Rufino J. Cuervo que “siempre se lee con placer”, que fue incorporada por don José Joaquín Ortiz en la *Colección de poesías españolas y americanas* en 1879 y Carlos Arturo Torres comentó desde las columnas del “*Nuevo Tiempo Literario*” en los siguientes términos: “hay en ella toda la frescura de una aurora, y la elación de los más puros sentimientos que han hecho vibrar en la nota más sentida y sincera, el diapasón del alma humana”. Luego, Añez reproduce los poemas *Educación* y *Ley*, *Deber Patrio*, *El Hogar* y *La Noche en el Mar*, Laverde Amaya en sus *Apuntes sobre Bibliografía* presenta el soneto a *La estatua de Bolívar* y en la entrega del periódico “*La Patria*” correspondiente al 15 de agosto de 1878 aparece *El Último Canto*.

En cuanto atañe a las lides dramáticas, debemos recordar que don Santiago ejerció primeramente su innata disposición para el teatro en la traducción en verso de la comedia escrita en inglés con el título de *Casarse o no Casarse* de Mrs. Inchbal, que fue la primera que se representó en el Teatro del Colegio del Espíritu Santo, y se entregó luego el audaz intento de actualizar entre nosotros un género del cual estaban huérfanas nuestras letras, cual era un drama de tipo romántico que al

autorizado decir de Gómez Restrepo "Encarna muy bien las tendencias de la escuela de los discípulos de Dumas, aficionados a los temas pseudo-históricos, a la representación de escabrosos conflictos morales, a lances de asesinatos, suicidios, raptos, torturas y reconocimientos imprevistos de personajes; en suma a cuanto pudiera excitar los nervios".

Dos fueron los ensayos dramáticos de don Santiago Pérez: "*Jacobo Molay*", escrito en el breve espacio de diez tardes, según el testimonio del doctor Lleras, representado por la vez primera en la noche del 15 de noviembre de 1851 en el Teatro del Colegio del Espíritu Santo, y "*El Castillo de Berkeley*", inicialmente presentado en el Teatro de Bogotá, el 13 de octubre de 1856.

El primero de tales dramas consta de cinco actos y tiene como argumento la fábula que presenta a Beltrán de Got, posteriormente el Pontífice Clemente V primero en la serie de los papas de Avignon, como el hijo habido en los ilícitos amores entre la reina de Francia, esposa de Felipe IV, y Jacobo Molay, último Gran Maestro de la Orden de los Templarios. De tan artevida concepción, que desencadenó de un lado delirantes aplausos y de otro acerbas críticas, dio buena cuenta don Mariano Ospina en tajante artículo aparecido en el Grito de Libertad de Medellín del 25 de agosto de 1853, que según Gómez Restrepo "fue como toque funeral del romanticismo decadente".

Raimundo Rivas, en interesante estudio leído en la Sociedad de Autores de Colombia el 19 de julio de 1920, nos refiere que "enorme fue la sensación que ese ataque formidable produjo en la numerosa hueste que admiraba al "portentoso joven", y como no pocos consideraron que la crítica del doctor Ospina era más que todo un paso de esgrima que tenía su razón de ser en las diferencias políticas, creyeron que la solidaridad de causa los obligaba a batir palmas cada vez que Clemente V oía de labios del gran Maestro de los Templarios la tremenda invectiva contra su conducta. Don Santiago mismo escribió una refutación a la citada crítica, a fin de desvanecer los cargos que a su obra se hacían, pero es lo cierto que más tarde, serenado ya su criterio y dueño de envidiable sín-déresis, cuando era un maestro de la prosa, por todos los medios a su alcance recogió sus "*Ensayos líricos y dramáticos*", entre los cuales se hallaba "*El Jacobo Molay*", y que a tal punto llevó su voluntad de aniquilar los que él llamaba pecados de inexperiencia, que hoy es preciada curiosidad bibliográfica el pequeño volumen que el cuidado cariñoso de su Mecenaz sacó de las prensas de los Hermanos Echeverrias, en el año de gracia de 1851".

Corroborar este último aserto una nota estampada por don Rufino J. Cuervo sobre un ejemplar de los ensayos Líricos y Dramáticos del señor Pérez, que a la letra dice: "El autor recogió cuantos ejemplares pudo de este libro; para sacarnos el ejemplar que teníamos en casa se sirvió de D. P. S., quien para el efecto se hizo por algunos días amigo mío. me lo pidió prestado, y, naturalmente, nunca logré su devolución. Este lo compré por fr. 0.10 en un puesto de libros viejos el 6 de octubre de 1900".  
R. J. C.

Con todo, debe hacerse resaltar el hecho de que si don Mariano Ospina, quien por aquella época tenía bien ganada fama de notable escritor y polemista, se ocupó y en qué forma del drama del joven Pérez, así fuera para destrozarlo con los rayos candentes de su crítica, era indudablemente porque reconocía en su autor insignes dotes y en la obra motivos para distraer su atención.

"*El Castillo de Berkeley*", segundo en el orden de la cronología pero primero en el arte y la concepción, publicado en la Imprenta de Echeverría Hermanos hacia 1856, suscitó como es de suponerse menos escándalo que Jacobo Molay y triunfó en los teatros nacionales, perfilando a su autor como hábil cultivador del drama histórico. Su asunto se relaciona directamente con la prisión de Eduardo II de Inglaterra y su posterior asesinato en un calabozo de Berkeley, a donde le llevaron las desenfrenadas ambiciones de Mortimer, seductor y amante de la reina, doña Isabel.

No obstante el cuidado que revela en la versificación se anotan fallas, tales como hacer rimar palabras que finalizan en s con palabras que finalizan en z y lo forzado de algunas escenas, sin perjuicio de que Gómez Restrepo observe que la obra "tiene pasajes, como la escena décima del acto cuarto y la segunda del último, que están escritos en el tono sobrio y levantado de la verdadera tragedia y revelan la rápida evolución que se iba verificando en la mente juvenil del autor. Es lástima —concluye— que don Santiago Pérez hubiese abandonado para siempre el teatro, pues habría podido escribir dramas caballerescos dignos de figurar entre los de los buenos poetas españoles".

Lo anterior nos demuestra muy a las claras que pese a los múltiples recursos escénicos en que era diestro el señor Pérez, sus obras de teatro muy poco pesan en el campo del arte dramático, no así en el historiográfico por cuanto su valor es evidente como esporádica manifestación de teatro romántico dentro del vasto panorama de la literatura hispano-americana, escasa en manifestaciones de este género. Y a fe que nuestro autor hubiera podido ir muy lejos en achaques dramáticos, con el natural prestigio para las letras y la cultura nacionales, si nuevas formas del arte literario no hubieran atraído su espíritu, porque según anota Otero Muñoz "la leyenda Leonor —publicada en 1855— y el Castillo de Berkeley son dos cóndores majestuosos de la literatura colombiana, pues en ellos la poesía despliega libre y noblemente sus alas, elevándose a las regiones del ideal".

Como ensayista dejó el señor Pérez numerosas páginas de hondo sentido didáctico, tales como *El Ahorro*, *La Fiesta de los Muertos*, *A propósito de las Cartas Americanas de don Juan Valera*, *El Plagio*, *La América para los Americanos*, la fábula *El Avaro* y *El Envidioso*, cuyos títulos de por sí nos enfrentan a una verdadera gama de sapiencia y nos reportan una idea sobre los aspectos sociales, políticos, económicos y culturales que analizó con erudición portentosa.

El recuento que se acaba de hacer, quizá atiborrado de citas, demuestra muy a las claras que don Santiago Pérez fue un escritor en la más exacta acepción del vocablo y que en su trayectoria literaria bien pueden

marcarse dos épocas, caracterizada la primera por el romanticismo febril de los años mozos, expresado en sus composiciones líricas y dramáticas y la segunda por el espíritu clásico que informa sus discursos y hace de su prosa sublime expresión del más puro arte literario. Abona el anterior aserto Gómez Restrepo cuando afirma: "Las pocas ocasiones en que venció su repugnancia a exhibirse como literato, produjo páginas que deben considerarse como clásicas en nuestra literatura, porque en ellas demostró el admirable equilibrio de sus facultades; la alteza de su inteligencia; la gracia de su imaginación; la sobriedad y proporción de sus concepciones; la pulcritud irreprochable de su estilo. En medio de la sencillez señorial de las cláusulas, adquieren más fulgente esplendor las imágenes nuevas, las frases magníficas, que sin esfuerzo brotaban de la pluma de oro del maestro".

